



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



1.º de febrero de 1890



Núm. 118



LOS NIÑOS DE ALEMANIA



Escena en una calle

UN RATO DE CHARLA

NADA más interesante que la lectura de los periódicos de Madrid durante estos últimos días. ¡Cuánta política, cuánta reseña de conferencias y de interviews! ¡Oh, qué bonito era todo aquello!

Como si á nadie se le importase un bledo lo que hagan ó dejen de hacer los *prohombres* de los partidos.

Está visto que España es un país que no se cansa de leer suel-



En los campos

tos relativos á crisis, nombramientos, programas y demás amenidades.

En cambio no busquéis en aquellas columnas ningún escrito científico ó literario: eso no sirve. Los suscritores no quieren quebraderos de cabeza, y al parecer les interesa mucho más saber si *entra* ó no en Fomento Perico de los Palillos, y en Ultramar don Pedro de los Palotes, que no esas monsergas con que aburren á sus lectores los periódicos del extranjero.

Juntamente con esa abundancia de sueltos referentes á *personajes* políticos, puede el lector de periódicos españoles (con ligeras excepciones) edificarse respecto á la manera más segura y beneficiosa de colocar sus capitales, metiéndose á usurero, ó sea á prestamista.

El préstamo ó la usura se ven recomendados en sueltos, recla-

mos y anuncios: á tal estado hemos llegado los hijos del Cid Campeador.

Tenemos, pues, que la mayoría de los periódicos contribuyen á la difusión de las luces y al realzamiento de la nación sirviendo á sus lectores interminables columnas de pormenores respecto á los hechos y gestas de los ministros en puerta, ó en ventana, y estimulando á los *capitalistas* á emplear su dinero en préstamos á los pobres y necesitados mediante el módico interés del 60 ó 70 por ciento anual.

Yo leo muchos periódicos extranjeros (franceses é ingleses sobre todo), y, á la verdad, me sorprende que por allá den tan poca importancia á la política y en cambio dediquen la mayor atención á los asuntos científicos, literarios, artísticos, económicos, etc. Será que aquí la cosa pública es mucho más importante que en Francia é Inglaterra.

Ahora hemos salido con otra gaita: con ocasión de las disputas entre Inglaterra y Portugal nos han entrado unos entusiasmos terribles en favor de nuestros apreciables vecinos, y con ocasión de la muerte de D. Amadeo nos hemos salido de madre alabando á Italia: «unidos en fraternal abrazo italianos y españoles,» han enviado repetidos y elocuentísimos telegramas á la Corte de Roma, afirmando las grandes simpatías que sienten por aquella nación.

En suma, que hemos vuelto á aquello de la *raza latina*, que es una de las cosas que más me sacan de mis casillas. Aun recuerdo el entusiasmo que entre los liberales españoles producían en 1870 las victorias de los alemanes sobre los franceses.

Porque la verdad es que si hay cuatro naciones que tengan los más encontrados intereses son España, Portugal, Francia é Italia. El predominio de cualquiera de ellas significa la decadencia de las otras, y, naturalmente, cada uno procura mirar por sí.

No nos metamos, pues, en lo que no nos importa. Si Portugal tiene por qué quejarse de Inglaterra, allá él: en último resultado no sucede nada que tenga que asombrarnos. Es ley inexorable que el fuerte se coma al débil: Francia apoyó á Cerdeña para que se comiese los ducados de Parma, Módena y Toscana, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios; Prusia se comió el Sleswig y el Hannover, Rusia tiene ganas de zamparse á Turquía, y Grecia siente asimismo un apetito voraz. Y nadie protestó, y lo hecho quedó reconocido. Si ahora Inglaterra quiere merendarse las colonias portuguesas, no hará sino imitar lo que han hecho otros. En

este mundo se es yunque ó martillo: peor para el que le toca ser yunque. En cuanto á nosotros, nada le podemos hacer.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

SERPA PINTO

DESDE que ha surgido el conflicto angloportugués, el nombre del ilustre explorador lusitano es un nombre de actualidad. Sus atrevidísimas exploraciones á través del Africa Austral, el descubrimiento de regiones importantísimas cuyo dominio corresponde de derecho á los portugueses, mal que le pese á la codiciosa Albión, y los recientes sucesos ocurridos y pendientes de resolución todavía entre ambas naciones, me mueven á trazarnos, aunque sea á grandes rasgos, la interesante silueta del insigne explorador.

Desvanecidas por los primeros exploradores las erróneas ideas que se tenían respecto á la esterilidad del interior del Africa, al leer en los relatos de los viajeros que las maderas más delicadas y primorosas se hallaban en sus vastísimos bosques, y que en las entrañas de aquellas incultas regiones se encerraban los más preciosos minerales, desde la hulla hasta el diamante, al interés meramente científico aunóse el interés comercial y aun el político, ya que los gobiernos subvencionaron espléndidamente cuantas exploraciones se llevasen á efecto.

Si todas las naciones de Europa estaban interesadas en propagar la civilización en el interior de Africa, á ninguna interesaban tan directamente los resultados como á Portugal. Portugal no había olvidado que era patria de los atrevidos navegantes que dieron á conocer al mundo el litoral del continente africano al doblar Vasco de Gama el temido Cabo de las Tempestades y al terminar su periplo Pedralvares Cabral y Tristan de Cunha. Sin embargo, no era sólo el respeto á la tradición de un pasado glorioso lo que obligaba á Portugal á coadyuvar al reconocimiento del interior del Africa: obligábanle asimismo á tal empresa los intereses de las dilatadas colonias que posee en las costas del sur del continente.

Así lo comprendió la Sociedad Geográfica de Lisboa, y en diciembre de 1876 propuso y se aceptó unánimemente el proyecto de organizar una expedición científica. Aprobada la idea por el Gobierno lusitano, la sociedad procedió á la comprometida tarea de designar las personas que debían llevar á efecto la expedición, resultando elegidos: Alejandro Alberto de Rocha

Serpa Pinto, mayor del cuarto regimiento de cazadores; Hermenegildo Carlos de Brito Capello, primer teniente de la Real Armada; y Roberto Ivens, teniente de navío.

En julio de 1877 abandonaron los intrépidos viajeros su patria, con el levantado propósito de regresar á ella cumplida la gloriosa misión que se les había confiado.

Después de dos años de ignorarse el paradero de los exploradores portugueses, por un telegrama de Alejandría publicado por la prensa inglesa se supo que Serpa Pinto, en un viaje á través del Africa Austral, había estado á la altura de Livingston y de Stanley. El viajero portugués, dejando á sus dos compañeros, que se encaminaron al norte del Zambesis, se había dirigido al sur, estudiando los afluentes del río y llegando á Durban, en el Océano Indico, después de infinitos obstáculos que supo vencer con indomable tesón, luchando con el hambre y la sed, con las enfermedades y los indígenas, pero viendo recompensados sus afanes con gran número de valiosos descubrimientos que completan y terminan los realizados por el piadoso misionero David Livingston, y más recientemente por Anderson y Holüb en el Africa Austral.



Niño alemán

Serpa Pinto y sus compañeros partieron de Benguela el 12 de noviembre de 1877 después de haber oído referir á Stanley la dramática narración del viaje que acababa de realizar, viaje que dejaba resuelto el descubrimiento del Congo; y como la exploración verificada por el célebre viajero norteamericano alteraba notablemente el plan que se habían trazado los exploradores portugueses, resolvieron éstos tomar nuevos rumbos y dividirse en dos grupos, quedando en reunirse en Bihé. La distancia que separa Bihé de Benguela es algo extensa, pues ordinariamente las caravanas que llevan á la costa el marfil, el cautchue y la cera tardan cuatro meses en recorrer aquel trayecto.

Después de un viaje penosísimo Serpa Pinto llegó á Bihé en un estado lamentable. Las privaciones sufridas durante el camino alteraron profundamente su salud, rindiéndole con frecuencia la fiebre y perturbando la calentura su razón. En una ocasión estuvo doce días delirando, pero los cuidados que le prodigaron dos negros que le acompañaban le devolvieron la salud. Uno de ellos, llamado Catraio, el que le fué más fiel durante el viaje, cuidaba cada día de dar cuerda á los cronómetros, aprovechando los contados momentos de lucidez que experimentaba su amo para ofrecerlos á su examen.

Tendido éste sobre un lecho de yerba seca en el fondo de una choza cons-

truida por sus negros, empezó á reorganizar activamente la expedición, y aun supo utilizar, interrogándoles hábilmente, los conocimientos geográficos de los naturales de Bihé, que penetraban en la choza llamados por el enfermo para arreglar los preparativos de la marcha.

BENJAMÍN

(Se continuará)

LA SEGUNDA ENSEÑANZA

DICESE vulgarmente que á todos les llega su San Martín, y, confirmando esto, declaro que hoy les ha tocado el turno no ya á los profesores de primera enseñanza, sino á aquellos otros que con el calificativo de catedrati-



Aldeanita

cos tienen á su cargo la segunda educación del hombre, no menos delicada que la primera.

Presumo yo, y casi pudiera asegurarlo sin temor de equivocarme, que todos, ó la mayor parte de los lectores de EL CAMARADA, son niños que se hallan en el estudio de las primeras letras, ó niñas que no tienen necesidad de conocer los inconvenientes y ventajas que he de hacer patentes en este artículo en lo que se refiere á los estudios oficiales del Instituto; pero como

esos niños han de llegar á ser hombres, pasando primero por el Instituto, conviene que conozcan con antelación los peligros que tienen que arrostrar y la organización más ó menos deficiente de aquellos establecimientos á cuyo régimen han de sujetarse. También á los padres les conviene fijarse en el cuadro que voy á presentar á su consideración, siquier no sea más que por la circunstancia de hacerlo quien como yo ha pasado por ello y puede hoy hablar con entera independencia é indiscutible imparcialidad.

Tenemos que distinguir aquí entre la llamada *enseñanza oficial* y la conocida con el nombre de *enseñanza privada*. La primera es aquella que se recibe en los Institutos



En la escuela Fröbel

del Estado, y la segunda la que se da en los colegios particulares incorporados al Instituto. ¿Cuál es la mejor? Vayamos por partes.

En la *enseñanza oficial*, tanto la clase de estudios como el género de vida, constituyen en los jóvenes un repentino cambio que es de gran trascendencia y peligroso de suyo. En cuanto á lo primero, pasa el niño del sistema rutinario y machacón á otro más científico, de mayor dificultad y menos sujeto á la pauta invariable del dómine. Respecto á lo segundo, puede decirse que el paso del alumno de la escuela al Instituto forma la época más crítica de su existencia, época que debe el padre vigilar mucho, porque el abandono ó la negligencia en este período puede dar lugar á la perdición de los hijos. La libertad, esa condición del ser humano, por todos ambicionada y de todos

queridísima, comienza á iniciarse para el joven con los más vivos colores y adornada con los caprichos más salientes de la fantasía, cuyos colores y cuyos adornos no dejan ver la verdadera maldad que para el hombre encierra, en los primeros pasos de su vida, esa libertad que es la cualidad más preciosa de que pueden disfrutar los seres una vez llegada su mayor edad y llegados también la madurez de juicio y el conocimiento más ó menos extenso de la sociedad en que vive. Así como en mi artículo *Cuatro palabras sobre la*



Ejercicios en la escuela

enseñanza llamaba la atención del maestro al guiar los primeros pasos del ser aún niño, aquí me permito llamar la de los padres amantes de sus hijos para que detenidamente piensen en el momento en que la libertad se presenta á ellos con todos los atractivos más lisonjeros y sorprendentes. No es esto decir que los padres deban asistir con ellos á clase, sino que vigilen é indaguen las horas señaladas en el

cuadro para la explicación de las asignaturas que constituyen su curso, y se enteren también de las condiciones de sus compañeros. En el tiempo que media entre la salida de una clase y la entrada en otra, mezclados en el claustro infinidad de jóvenes, cada uno de su género y distinta educación, confundándose entre sí, aprenden todo lo malo é idean cuantas diabluras pueda inventar el cerebro más exaltado.

Los catedráticos no pueden enseñarles educación, porque suponen en primer lugar que ya la han recibido de los profesores de instrucción primaria (¡triste suposición por cierto!), y porque la hora y media escasa que dura la clase la necesitan para exponer y desarrollar la materia puramente científica. Sucede, sin embargo, que algunos catedráticos de Instituto se convierten en verdaderos dómines y descuidan la asignatura por reprender una mirada, un gesto ó ya una conversación de banco á banco, llenando á la vez la lista de un sin fin de faltas de orden. ¿No sería mejor que en lugar de esos signos de censura, que ningún resultado práctico pueden dar, el profesor castigara al alumno inquieto ó desaplicado con hacerle escribir una docena ó centena de veces el punto más culminante, la materia más árida de la lección que el joven no quiere escuchar ó aprender? Con esto, á mi juicio, se obtendrían dos buenos resultados: uno la corrección inmediata del perturbador por la dureza del castigo; otro hacerle aprender *velis nolis* aquello que no quería.

Las continuas faltas del catedrático á clase, la falta de estímulo en el alumno cuando estudian reunidos un ciento de jóvenes á quienes no pueden preguntar la lección más que una ó lo más dos veces en el curso, constituyen

dos males grandísimos, que no se reparan hoy en la enseñanza oficial y que hacen de ella un germen de vicio é inmoralidad más que un principio de orden é ilustración.

La enseñanza privada en los colegios, aunque siempre más cara, es de resultados mucho mejores que la oficial. Separados los alumnos de aquellos que cursan la instrucción primaria, están sujetos á un régimen de rigor, estudian por los mismos programas y textos del Instituto donde han de examinarse, y tienen profesores todos competentes. Por cada suspenso de los colegios pueden contarse cincuenta del Instituto.

En este período de la segunda enseñanza es cuando los padres deben conocer la inclinación de los hijos á determinada clase de estudios, pues bien se revela el amor á las ciencias exactas en unos, la predilección de otros por las letras, dejándose notar asimismo quienes tienen afición al estudio y los que, ajenos á esa afición, no podrán ser nunca nada.

En el artículo próximo me ocuparé de las Academias preparatorias.

J. M. BONILLA FRANCO

DOS BUENOS NIÑOS

AGUSTÍN y César eran dos chicos que se profesaban una inocente amistad, por lo que casi siempre se les veía juntos, con una formalidad impropia de su edad y que á más de cuatro condiscípulos envidiosos les parecía ridícula. No quiere decir esto que los dos amigos no se entregaran de vez en cuando á los candorosos placeres de los juegos infantiles ni que fueran dos *ceñudos misántropos* que desdeñaran el roce con sus compañeros de colegio; pero era tan marcado el sello de circunspección y prudencia con que procedían en todos sus actos, que los de su clase les llamaban *los dos hombres*.

Sin embargo, como, digan algunos lo que quieran, el mérito ha sido siempre por todas las clases y edades mirado con respeto (y sépase que los envidiosos son acaso los que más veneración llevan envuelta en su envidia), César y Agustín no se veían molestados nunca por frases injuriosas ni atrevidas de sus compañeros de cátedra. Es más: aun los más revoltosos, los que no perdían ocasión de hacer ver á sus camaradas su holgazanería enseñándoles sus deteriorados libros y procurando distinguirse siempre por su mal hablar ó por sus valentonadas, se sentían subyugados y dominados cuando uno de *los dos hombres* les amonestaba ó simplemente conversaba con ellos.

Estudiaban y sabían mucho, captándose por esto el aprecio de sus profe-



sores, que veían en ellos dos estudiantes que, además de estudiar, entendían lo que leían, es decir, no *daban* la lección como los ciegos cantan los romances.

Como los profesores les habían hecho merecedores de su confianza, sostenían con ellos diálogos sobre las asignaturas que cursaban, yendo más allá de

lo que sus imperfectas inteligencias prometían. Resolvían con amabilidad cualquier duda que sus condiscípulos, penetrados de su aprovechada aplicación, les exponían, desechando



Flores de la mamá

siempre la pedantería, tan común en muchos de los que, como ellos, ocupan en clase los primeros puestos.

Me figuro que no pocos camaradas habrán dicho ya á sus papás, ante los cuales estarán leyendo en alta voz estas líneas:—Estos dos niños son lo mismo que Pedro y



Buen consejo

Manolito, los únicos que me aventajan en retórica. Bien se conoce que el que esto escribe ha sido también estudiante por lo bien que *lo pone*.—Y es muy cierto: nadie me negará que estos dos chicos no son *sacados de la imaginación* para hacer de ellos un artículo más ó menos malo, sino dos tipos estudiantiles tomados de la realidad, pero de la *realidad que se ve poco*; quiero decir que, aunque reales, son por desgracia escasos, por más que haya muchos que les parecerán.

Se aproximan á César y Agustín aquellos niños *que no se meten con nadie*, sin pizca de malicia, y que llevan aprendida la lección sólo por miedo; pero hay que convenir en que esto no es tampoco ser buen estudiante. También se les acercan mucho ciertos chicos que fingen huir de sus condiscípulos, que

aprenden regularmente pero que no entienden la lección, que sólo hacen daño cuando no pueden ser descubiertos. A éstos los retratan perfectamente sus compañeros llamándoles *moscas muertas*. Otros no se diferencian de nuestros dos amigos más que en la pedantería ú orgullo, defecto que, si es censurable en las personas mayores, es, á más de esto, ridículo en los niños. He dicho que estas *especies de estudiantes* se asemejan mucho á la de Agustín y César, y esto en rigor no es exacto, pues entre cualquiera de las cualidades de éstos y las de aquéllos hay un abismo, sobre todo comparadas por un espíritu ob-

Con
los
trineos



servador. Cierro aquí este filosófico paréntesis y vuelvo á mis niños modelos.

Sus padres estaban encantados de lo bien que se conducían, bendiciendo el día en que se hicieron amigos. Y en verdad que no les faltaba razón para felicitarse de ello, porque la buena elección de amigo es, sin disputa, una de las cosas que más coadyuvan á afianzar en los niños los buenos sentimientos; porque si bien es verdad que en Agustín era, por decirlo así, innato el ejercicio del bien, si en César lo hubiera sido el del mal, éste hubiera sido el imán que, atrayendo indefectiblemente á su amigo, le hubiera hecho adquirir con el roce todas sus propiedades; es decir, Agustín quedaba á los pocos días, como se dice en física, *imantado por influencia*.

Pero esto no sucedió, pues al revés del principio de electricidad que dice: «Electricidades del mismo nombre se repelen y del nombre contrario se atraen,» Agustín y César, que estaban cargados de las mismas virtudes, se atrajeron y chocaron, quedando confundidos en eterno abrazo. Además, los dos tenían las mismas aspiraciones, y, cuando se acabaron de comprender el uno al otro, brotaban casi á un mismo tiempo de sus labios los mismos pensamientos. Y ¡qué fecundos son los resultados de esta amistad! Nunca se les ve reñir, pues lo que uno piensa ó cree, lo cree y piensa el otro. Son, en fin, lo que se dice dos inseparables.

(Se concluirá)

ANGEL P. IBÁÑEZ



NUESTROS GRABADOS

LOS NIÑOS DE ALEMANIA

EL niño alemán, pequeño ser tan curioso como interesante, merece con justo motivo una ligera descripción. Y todos saben que es curioso, puesto que se le representa en las láminas que ilustran todos los libros para la infancia.

Este niño está envuelto en una almohada larga y estrecha, cuyas extremidades se doblan en los pies y por debajo de la barba, sujetándose con tres cintas azules que se atan en diversos sitios, según se indica en el diagrama. En tal estado de crisálida solamente se ve del niño su carita redonda, en parte oculta también por un gorrito.

Este sistema tiene sus ventajas.

Los miembros del niño no se romperían fácilmente por alguna caída, la criatura no se puede rascar tampoco ni hacerse daño con sus sonrosadas uñas, como sucede en otras partes, y no hay inconveniente en dejarle sobre la mesa ó una silla como un fardo ó un pedazo de jabón.

Pero ¿no sería mejor dejar del todo libre el movimiento de sus miembros? Ya hemos tocado este punto al hablar de los niños de los Estados Unidos.

Cuando el niño se ve, al fin, libre de su almohada, pasa un año ó dos, poco más ó menos, de la misma manera que los de otros países, entrando gradualmente en la región maravillosa de la fábula y de la poesía, que en pocas partes se cultiva tanto como en Alemania: los gigantes, los enanos, las hadas, los duendes, las brujas, los buenos y los malos espíritus, son seres imaginarios con que el niño se familiariza pronto, y, aunque no los haya visto, no duda de su existencia.

En el diagrama correspondiente representamos una niña graciosamente vestida, con un ramito de flores en la mano. Así se ve á muchas cuando van á comprar queso ó manteca y se han detenido en el camino para coger algunas flores.

Cuando los niños llegan á la edad de cuatro años, ó antes aún, muchos de ellos van á pasar algunas horas del día en el *kindergarten*. Un buen hombre, llamado Fröbel, que sólo pensaba en el bienestar de la infancia, instituyó estos *kindergarten* (jardines para niños) hace algunos años.

Las salas donde están contienen bancos bajos, y las paredes se hallan adornadas de brillantes pinturas, las cuales representan objetos útiles para los

oficios y las artes. En esos establecimientos los niños se familiarizan pronto con el arte de construir, con el dibujo y la pintura, y enséñaseles á proceder en todo con el mayor método y precisión.

No se les deja, sin embargo, estar sentados mucho tiempo. De vez en cuando el maestro ó la maestra hacen una señal, y entonces todos se levantan para dar un paseo en procesión por dentro de la escuela.

En las tardes del verano este paseo se prolonga hasta un jardinillo ó huerto donde hay algunos pequeños aparatos para ejercicios gimnásticos.

Los cantos no se olvidan nunca: á las más simples melodías adaptanse algunas palabras, y esto sirve para enseñar á los niños á cantar á coro.



Patinando



A los seis años, y á veces á los siete, comienza la vida escolar para el niño alemán; vida bastante activa, pues obliganle á levantarse muy temprano; de modo que á las ocho de la mañana, en el rigor del invierno, no hay ninguno que no esté levantado y ya en la escuela.

Los niños tienen costumbre de llevar siempre á sus maestros algunas flores salvajes, que no por serlo dejan de tener menos fragancia; y su obsequio es admitido con la mayor complacencia.

Los niños suelen salir á pasear en compañía de su maestro; y cuando cualquiera de ellos no se conduce bien, siempre recibe de aquél algún buen consejo para que se porte mejor en lo futuro.

A las niñas se las castiga poniéndoles malas notas. Cuando éstas llegan á tres, se da parte al director ó al rector, y esto se considera como una desgracia.

Las principales diversiones de los muchachos, exceptuándose los innumerables juegos conocidos en los demás países, consisten en patinar y correr con trineos, lo cual es fácil en Alemania, donde el invierno es largo y hay mucho hielo.

Cuando el frío es más riguroso, los chicos aprovechan bien sus días de fiesta. Se calan hasta las orejas sus gorros de lana ó de piel, y, cubriéndose las manos con unos gruesos guantes, corren á las colinas ó á las montañas con sus trineos. El ejercicio puede ser peligroso algunas veces, mas no por eso dejan de preferirle los chicos á cualquiera otro.

En un país esencialmente militar, como lo es Alemania, natural era que los uniformes, la música, las banderas, llamaran más que ninguna otra cosa la atención de los niños; y hé aquí por qué son tan aficionados los más á jugar á los soldados. Tener un casco, un sable de madera y un tambor es todo su afán, y los primeros objetos que piden á los padres no son otros.

En una de las alturas que rodean la ciudad, casi en medio del bosque, hay un fuerte de tosca construcción que los muchachos erigieron hace largos años y que ha servido para las generaciones siguientes. Unos defienden el castillo, donde ondea la bandera, y otros le atacan, maniobrando todos con tal entusiasmo y formalidad que parecen verdaderos soldados.

Las madres miran con temor estos juegos, pues con frecuencia algunos chicos vuelven á su casa algo magullados ó con alguna señal; pero al padre le gusta ver tales juegos, porque recuerda que en su infancia hacía lo mismo.

Cuando estos muchachos son ya algo crecidos y van al colegio, se batan á menudo en duelo particular, prodigándose mutuamente fuertes golpes, tanto que muchos chicos quedan desfigurados para toda la vida.

Terminado el verano llega el otoño con sus fiestas de la vendimia, y entonces se concede una vacación de quince días en muchas escuelas. Los niños se divierten por entonces mucho. Por la noche se encienden hogueras y disparanse petardos, repártese entre la gente menuda pan, queso y manteca, y también se les da un poco del dulce vino obtenido últimamente de la uva.

En tal caso no es raro encontrar toda una familia que lleva consigo perros amaestrados: el padre toca el organillo y la mujer lleva la banqueta. Las criaturas los siguen para oírlos tocar, y no los dejan hasta que se retiran á su casa.

Fuera de esta época, la Pascua de Navidad es la más divertida para los niños, porque entonces reciben muchos regalos y tienen ante sí la perspectiva de hartarse de golosinas de toda especie. En cada casa, por poco que haya recursos suficientes, osténtase lo que llaman el *Arbol de Navidad*, en el que se colocan diversos juguetes para los niños de la casa. A esta festividad sigue la de Año Nuevo, y después todo prosigue su marcha acostumbrada.



EL NIÑO DE URBINO

NOVELA INGLESA

ERA en el año de gracia de 1490, bajo el reinado de Guidobaldo, señor de Montefeltro, duque de Urbino; el mismo año, dicho sea de paso, en que nació la muy ilustre señora Victoria Colonna.

Un hermoso día de primavera, en aquella montaña amada de las Musas y codiciada por Borgia, un mocito, puesto de codos á una ventana, miraba delante de sí. Era un guapo niño que tenía los ojos de color de avellana y cuyos hermosos cabellos estaban cortados en línea recta por encima de las cejas. Nada más alegre que aquella bella mañana; pero el mancebo tenía el corazón triste porque uno de sus buenos amigos, que tenía diez años más que él, había partido la noche antes para ir á la otra parte de las montañas, á Bolonia, para entrar de aprendiz en el taller de aquel encantador artista que se llamaba maestro Francesco.

Este amigo, Timoteo della Vita, era muy grato al niño: había jugado y bromeado con él, le había hecho juguetes y contado cuentos; así es que el pobrecito estaba muy triste con la partida del amigo. Con todo, trataba de consolarle, pensando que su amigo le había dicho:—Me voy, como aprendiz orífice, al lado del mejor de los hombres; pero quiero ser pintor.—El niño comprendía que ser pintor es lo que hay de más grande y más hermoso en el mundo; porque aquél niño era Rafael, el hijo del signor Juan Sanzio.

Muy dichoso era Rafaelito en aquella ciudad de Urbino, que con su carácter de grandeza tenía al mismo tiempo algo de amable y de familiar. La familia Sanzio se había refugiado allí desde que las lanzas de Malatesta habían arruinado su hogar. El niño tenía el mejor abuelito que cupiese imaginar, una madre que le adoraba y un padre que era tiernísimo con él y que gustaba de pintarle entre los ángeles del cielo. Era hombre de conversación amable y de profundo saber, y de tal manera prendado de su arte que el niño, en aquella atmósfera artística, respiraba el arte sin advertirlo, como se respira el perfume de una hermosa flor.

Daba gusto vivir entonces en aquella vieja Urbino. La ciudad no era tan brillante, sin duda, como lo fué más adelante cuando Ariosto fué á habitar allí, lo mismo que el Bembo y Castiglione, y tantos otros hombres de saber y talento. Pero si no era tan brillante, la vida era más íntima, más sencilla, más virtuosa: querían sus moradores gozar de paz y tranquilidad, sin dejar por eso de ser tan valientes como siempre. Los burgueses estaban en las mejores relaciones con su príncipe: sabían que en caso de embarazo ó de duda no tenían más que subir al castillo para recibir un buen consejo, y aun podían permi-

tirse detener al duque en medio de la plaza del mercado. Había en las buenas gentes de aquella época un amor natural á las cosas buenas, un profundo sentimiento de sus deberes para con el Estado, un espíritu público muy elevado, un gran fondo de lealtad, y también una gran moderación en los deseos. Así, vivían felices y prósperos.

Todo trabajo era sólida y concienzudamente ejecutado. La vida era barata; los alimentos más sanos y abundantes de lo que sucede en nuestros días. En



Preparándose para el ataque

las hermosas casas de aquel tiempo todas las piedras eran fuertes y sólidas, todos los adornos estaban trabajados con cuidado: eran nidos donde los hombres se hacían cargo de que habían de pasar toda su vida, para trasmitirlos en seguida á los hijos de sus hijos. Sus caprichos personales ó sus tradiciones de familia estaban reproducidos en la cerrajería de sus ventanas y en la carpintería de sus puertas. Tenían un dichoso jornal de trabajo honrado desde el toque de maitines al *Ave Maria* de la tarde. Después de su trabajo se iban á paseo, ó bien se sentaban al fresco de una hermosa noche, mirando las llanuras fértiles y arboladas, hablando y riendo entre vecinos. Estaban satisfechos con llevar una vida tranquila y útil, y no conocían ni la envidia ni los celos, que son tan comunes en nuestros días.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Masael Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA